

Sobre lo virtual, las redes sociales y los memes

Aleix Rodríguez Gràcia

“El infierno son los demás”, decía uno de los personajes de *A puerta cerrada*, de Sartre. Cuando mi conciencia advierte la presencia ajena, sus ojos oteándome, mi experiencia cambia. El otro invade el terreno de mi subjetividad: me retiene bajo su mirada y me paraliza; se adueñan de mí sentimientos como el pudor, la vergüenza y el temor. El dormitorio era antaño el refugio ante esa otredad que me reducía a objeto, a ser-visto; pero el mundo virtual lo cambia todo porque este ignora las fronteras físicas. En internet se gesta una nueva forma de alteridad, que a su vez construye al sujeto desde la abstracción. Siguiendo a Fernández Mallo en su delicioso último ensayo, la identidad de los seres humanos del presente no la conforma una entidad única, sino “una red sin centro”, incorpórea, que jamás podremos llegar a conocer.

La omnipresencia de la mirada ajena se reconfigura con las redes sociales y con lo virtual: ya no hay espacio apartado de los ojos del otro porque el otro lo llevamos encima; el panóptico foucaultiano se ha redirigido para instalarse dentro de nosotros mismos. No es cuestión de dar permiso o de desconectarse: la condición *sine qua non* de las redes es la disponibilidad de tu información pese a tu ausencia, pese a tu ignorancia. Se trata de asumir que mientras dormimos un conocido puede estar husmeando entre nuestras fotografías del verano pasado o enfrentarse a la duda sobre si el responsable de recursos humanos te ha desestimado como opción porque ha entrado en tu perfil de Twitter. ¿Deberíamos ignorar todo esto, pontificando acerca de la libertad de acción del sujeto aun sabiendo que miles de datos sobre ti circulan por la nube durante tu ausencia o, por el contrario, sería mejor echarse para atrás, considerando los peligros de esto, y cayendo en una especie de ejercicio de autocontrol sobre nuestros instintos virtuales? La gente está sin duda tomando conciencia de su reputación digital y sus consecuencias.

“Los sueños e internet se parecen porque en ambos la conciencia reprimida se

desahoga, sale a flote”, declara la protagonista de *Paprika* (2006) justo en un momento donde afloraban las redes sociales y los blogs masivos tal como los conocemos ahora. Parte del motivo de ese fenómeno de las redes como liberación de la conciencia era su anonimato: internet era antaño una suerte de máscara que daba paso al ser lúdico y perverso que se emancipaba porque allí ni conocía ni era conocido. Aunque no debemos demonizar una totalidad inexistente, pues este carácter incógnito que ofrecía la red también salvaguardaba muchas personalidades e identidades que solo podían encontrarse y desarrollarse allí (testimonio de ello son los brillantes ensayos de la programadora y teórica Sandy Stone). Y siendo este un rasgo aún muy presente, es innegable que cada vez somos más escépticos a lo anónimo. La comunicación con alguien desconocido nos da miedo, y con razón. El caso es que, por lo general, hoy día nos sentimos más cómodos entre los muros de nuestros bien conocidos contactos de Instagram. No obstante, debemos ser conscientes –porque, en efecto, tomar conciencia es la única defensa ante lo inevitable– de que el riesgo de verter la casi integridad de nuestra identidad en la nube es que nuestras amistades se tornen nichos de mercado donde el capital pueda explotar sus posibilidades. Un “me gusta” en Instagram puede estar extrañamente relacionado con las recomendaciones que luego me hace Amazon. Las relaciones afectivas están, gracias a la red, incardinadas hacia un plan monetizado que retroalimenta tus gustos. “Somos víctimas de nuestra propia fuerza tecnológica”, sentenciaba y auguraba sin saberlo Orson Welles.

Uno de los peligros del mal uso de las tecnologías es la perpetua añoranza que suele generar una red social. Porque tomábamos por selectiva la memoria humana, pero la tecnología lo es mucho más. Resucitar mediante *stories* aquellos momentos “destacados” es, al final del día, una cruel alarma que nos recuerda lo bonita que era nuestra vida pretérita. Muchas de nuestras actividades en las redes están sometidas a una economía circular de la que es difícil salir, pues parece que todos los procesos estén orientados hacia el objetivo de retenernos allí. Si una de las características de nuestra época es la nostalgia (debido, entre otras cosas, a la inseguridad o

imposibilidad para planificar un futuro, a la falta de creencias sólidas a las que aferrarse y a las dinámicas de un capitalismo en constante e inesperable cambio), el mundo virtual fomenta este sentimiento al recopilar para nosotros fotos y videos que creíamos olvidados. Y no nos engañemos: los recuerdos son preciosos. Pero aferrarse a ellos obstinadamente contribuye a ocasionar la ansiedad que constata cómo todo lo que se dejó atrás será siempre mejor.

Volviendo al dominio sobre lo que hacemos público en la red, remitámonos a las palabras de Mark Zuckerberg: “Controlar qué compartes es un engaño”. La imposibilidad de conocer cuánto hay de ti en la nube refuerza la idea de la mirada por parte de una otredad abstracta, siempre presente, temporal y espacialmente indistinguible. Esa ubicuidad del mundo digital también la podemos atribuir a la dimensión cotidiana del día a día. Asumámoslo: ya no hay diferencia entre lo *online* y lo *offline*. Nuestra experiencia *offline* es ascendentemente virtual. Lo que primero tiene lugar en la red modificará las relaciones y las conversaciones de lo que llamamos vida real (aunque, por el caso, mejor referirse a ella como vida “física”). Podemos eliminar o agregar contactos en nuestras redes sociales, pero desinstalarlas supondría, especialmente entre las generaciones más jóvenes, una suerte de suicidio social: la influencia de lo virtual ya no se limita a sus lindes, sino que los rebasa, impregnando la realidad de su humor, de sus representaciones (que suelen ser, valga la ironía, referencias a la realidad material).

Comenta genialmente Geert Lovnik que en internet se establecen “sentimientos de identificación y conexión entre los usuarios de la red”. Un ejemplo de ello son los memes, cuyo éxito radica en su capacidad para saber crear presencia emocional comprimida en un .jpg o en .gif, y que contiene trazos de sentimientos compartidos por una generación. Nos amparan porque desde su humor hacen más leve la caída al pozo insondable que supone ser joven hoy en día: crisis pandémica, precariedad laboral, deconstrucción de las relaciones afectivas... Siguiendo las palabras de la artista Audrey Wollen en su *Sad Girl Theory*, podemos asumir que el meme es una unidad mimética que comparte un sentimiento en línea y que rehúye de apelaciones

narcisistas de su creador (no tiene dueño); “es un gesto de liberación [...] es una forma de reclamar agencia sobre nuestros cuerpos, identidades y vidas”. No deja de ser irónico cuando leemos por parte de algún crítico de las redes sociales que éstas han aniquilado la capacidad humana por expresar sentimientos; no deja de serlo, además, cuando se les pregunta cuándo fue la última vez que lloraron frente a sus amigos o su pareja.

Además de su atractivo como catalizadores de emociones colectivas, los memes atraen por su aleatoriedad. Eluden cualquier apropiación y explotación capitalista porque no obedecen a ningún cálculo premonitorio: nunca se puede saber si una imagen se hará viral. ¿Cuántas veces hemos sentido vergüenza ajena ante el intento de una gran empresa por crear memes y compartirlos en Twitter? No pueden generarse artificialmente porque no responden a una ciencia, sino a un contexto sociocultural específico. Los memes son la contrapartida a una de las ideologías que más mella ha hecho entre las sociedades contemporáneas: la constante búsqueda de la felicidad impulsada por el neoliberalismo, que niega el miedo al fracaso, el tiempo perdido (no productivo) y el ensalzamiento de una individualidad implacable.

¿Es acaso imposible conciliar una ciencia que nos acerque futuras mejorías y un debate ético que reflexione sobre esas nuevas capacidades tecno-humanas? Puede que este eterno problema, receloso en cuanto a los límites del progreso, encuentre su símil en la presión puesta sobre el sujeto para lograr su autonomía, prescindiendo del otro, desconsiderándolo, al colocarse anteojeras que le guíen por la vereda del éxito en solitario. Echar la vista hacia atrás, aunque sea para tenderle la mano a alguien, puede hacerte tropezar en un mundo acelerado. Ese es el legado que nos deja el progreso más abusivo. Pero puede que las nuevas formas de relación surgidas de lo virtual, como las redes sociales y los memes, cambien el paradigma; que se puedan reconciliar ciencia y ética, o mi mirada y la ajena; que se encuentre, al fin y al cabo, el punto de sutura entre lo individual y lo colectivo.

